

Creación



46 > Cuentos cortos de escritoras del área andina

Fernanda Verdesoto Ardaya

Liliana de la Quintana

Solange Rodríguez Pappe

Dina Serrano V.

Kathy Serrano

Mirza Mendoza

Cuentos cortos de escritoras del área andina

*Reunimos una selección de cuentos cortos de seis escritoras del área andina. Ellas proceden de Bolivia, Ecuador y Perú. Dada nuestra invitación para escribir cuentos de temática abierta, las autoras nos deleitan con relatos muy diversos. Es así como leemos a las bolivianas Fernanda Verdesoto Ardaya y Liliana de la Quintana, ambas desde diferentes registros; sus cuentos evocan el juego y lo sombrío, en un caso, y la creación mítica del mundo andino, en el otro. Disfrutamos de los textos de las ecuatorianas Solange Rodríguez Pappé y Dina Serrano V., la primera con un cuento que dialoga con los mundos de narradores reales o imaginarios; la segunda, con un relato en torno al dolor aún no superado por la desaparición de un ser querido. Finalmente, las peruanas Kathy Serrano y Mirza Mendoza; Serrano nos ofrece un cuento que oscila entre lo escalofriante y lo onírico acerca de una casa-madre; Mendoza, a partir de un delirante juego de imágenes, lleva a preguntarnos sobre la condición de quienes abrigan el deseo de comer algo. Estos cuentos muestran, desde la escritura femenina, la poética del acontecimiento. Las escritoras andinas nos demuestran que el acontecimiento cotidiano narrado, sea el de la creación o el de la muerte, sea el de la intriga o el de la visión, incluso fantástica, es aquel que anotara alguna vez Roland Barthes en *Cómo vivir juntos* (2003): un hecho que de pronto nos convierte en otro tipo de individuos.*



10:00 a. m.

FERNANDA VERDESOTO ARDAYA

Cuando jugaba a no pisar las fisuras de la acera, nunca perdía. Pequeño saltamontes, me decían mis pies, que coordinaban con mis brazos de equilibrista innata.

Hoy dejé de dividir el pavimento por sus fracturas con el mundo, ahora lo divido en relación con la luz. La media mañana es un lienzo claroscuro, donde el sol divide los rostros en un millón de habitantes de la ciudad de los ácaros y la piel muerta. La media mañana es la contraposición de la luz, donde la sombra reaviva los pelitos de los brazos sin cubrir.

Hoy voy a jugar de otra manera, quien se aleje de la luz pierde. Quien se oculte en la geometría oscura formada por los edificios pierde.

El centro es caos durante la manifestación diaria, los pocos árboles forman alianza con la intención de envolverse en la penumbra. Me salto algunos adoquines, aterrizo en un suelo que brilla y calienta la suela de mis zapatos; solo podré ganar mientras me mantenga en la luz. Serpenteo con mi cuerpo mientras las nubes migran y quieren alcanzarme con su silencio oscuro. Y mientras el sol se desplaza lentamente, yo debo acompañarlo hasta el otro lado de la calle. Y bailar entre el transporte público y dejar que los taxis me rasmillen la espalda. Total, cuando no juego, igual los autos se esmeran por arrollarme.

Estoy saltando entre los puntos luminosos de la avenida, estoy ganando en un juego que de hoy en adelante nunca voy a perder. Y al frente hay un individuo que brinca y juega a no tocar la luz del sol. Está atento y se mueve con los carros y los aviones. Estaba atento y se encuentra conmigo. Se contorsiona para evitar mi cuerpo fosforescente y me observa desde el umbral de una cabina telefónica acurrucada por las paredes. Ganamos ambos, somos la media mañana de mosaicos claroscuros.

Así en el Cielo como en la Tierra

LILIANA DE LA QUINTANA

Las voces del tiempo, las voces de los abuelos y las abuelas repican cual campanas en el universo, para seguir animando la palabra que cuenta los mitos más antiguos.

Era el tiempo de la oscuridad, de la soledad y de la nada. Apenas los dioses se despertaron estaban llenos de sabiduría y necesitaban descargar tanta luz.

Al abrir sus ojos aparecieron miles de estrellas y se formaron los ríos de luz en el cielo. Nuevos espíritus surgieron por doquier. Los dioses se inquietaron y decidieron que el primer ser fuera Amaru, la serpiente, que guardaba el conocimiento. Así apareció en el cielo la sombra de un ser alargado, fuerte y potente, que a su paso abría fuentes de agua y salía salpicando el líquido en toda la galaxia.

Luego los dioses amasaron la Tierra y se quemaron con el fuego de los volcanes. Acudieron a la serpiente para que bajara a la Tierra y mitigara los dolores, con el agua cristalina. Así, con el descenso de Amaru, nacieron los ríos en la Tierra.

Pero no era suficiente este gran cataclismo, faltaban otros seres. Entonces formaron con las sombras, los espíritus de Llutu, la perdiz, y de Hampato, el sapo. Empezaron a volar y a sumergirse en el gran río del Cielo y lo mismo pasó en la Tierra. Aparecieron muchas perdices y sapos que poblaron ríos y valles.

Empezó la vida, pero estaba incompleta. Así los dioses pensaron al ser humano, alguien con quien pudieran com-

partir tanta belleza. Primero su sombra y luego su presencia estremecieron a las estrellas. Así fue en el Cielo y luego en la Tierra.

Nacieron hombres y mujeres, niños y ancianos de todos los colores. Salieron de las montañas, de los troncos de los árboles, poblaron los desiertos y praderas y comenzaron a edificar la vida. Unas veces con errores y otras con aciertos.

Pero cuando Amaru vio al ser humano lo sintió débil, caprichoso y quiso devorarlo. Llutu y Hampato no pudieron detenerlo. Los dioses se asustaron y mandaron la sombra de Yacana, la llama celestial, para que lo defendieran. Y ella detuvo a la serpiente y la subyugó, volviéndose la leal compañera del ser humano, en el Cielo y en la Tierra.

Los dioses sentían que faltaba algo más. Entonces formaron la sombra de Poma, el puma, y de Atoej, el zorro, espíritus poderosos, para que vigilaran tanto a los humanos como a los otros animales. La Tierra se pobló de pumas y zorros.

De esta manera, los dioses escribieron en el río de estrellas esta historia de las constelaciones negras, de las sombras de estos primeros seres, que formaron parte del universo, para que la vean y la lean todos en las noches y no la olviden nunca.

Así fue en el Cielo como en la Tierra.





Dinosaurio perdonavidas

SOLANGE RODRÍGUEZ PAPPE

—Disculpe usted —dijo Tito. Había abierto la puerta del taxi a la altura de la fuente de Cibeles y todo fue un solo movimiento: meter el cuerpo y dejarse caer en el asiento, sin darse cuenta de que el vehículo tenía ya otro ocupante. Se percató de que estaba compartiendo auto con el famoso escritor ecuatoriano Marcelo Chiriboga, con quien le unía una tensa relación de conocidos que se felicitaban y competían. No había duda de que ambos iban al mismo destino. Tras un silencio de ascensor, el vanidoso Chiriboga no se aguantó las ganas de preguntar a Tito si había leído su última obra.

—Claro —contestó mintiendo para no incordiar—. Es deslumbrante.

—Yo también leí tus fábulas —dijo Chiriboga— y son todo lo contrario, menores pero divertidas. Lo digo sin el deseo de ofenderte. La literatura de animalitos siempre resulta tiernísima, simpática, pero te sugiero que dejes lo breve y empieces a escribir de verdad. Enfócate en trascender con la novela.

Monterroso agradeció el consejo tensamente y el resto fue un incómodo viaje hacia un lugar común mientras la vivaracha ciudad de México anochecía. Chiriboga, eterno necesitado de público, parlotaba sobre las tesis de la izquierda, el hombre nuevo y su reciente amante danesa. Monterroso, aburridísimo, imaginaba cómo esa noche le enviaría en sueños a su pequeño dinosaurio perdonavidas para que lo desapareciera, experto en enterrar sus dientes en bocones, en desgarrar críticos, en devorar a los que pensaban que la brevedad era una cosa inofensiva.



Tuvimos que volver

DINA SERRANO V.

Paquito fue un regalo. Él fue el hijo varón ansiado por tanto tiempo, la ilusión del hogar, el más mimado. Lamentablemente, murió a los cinco años. La leucemia se lo llevó. Era el tercer hijo de una familia, la cual dejó de ser feliz a partir de aquel momento.

Demasiados recuerdos y dolor había dejado Paquito. Es así como abandonaron la casa. A los ocho meses, la propiedad ya estaba ocupada por una nueva familia.

El tiempo transcurría sin ilusión para todos quienes lo amaron. Su ausencia aún dolía como el primer día.

Dos meses antes de la Navidad, la madre de Paquito recibió una curiosa llamada telefónica de parte de su inquilino. Este le solicitaba que, de manera urgente, fueran a la casa esa misma tarde. Llenos de incertidumbre, acudieron. No entendían la urgencia.

Al llegar, se sorprendieron al ver la casa vacía: los inquilinos se habían llevado todo. La llamada había sido para que fuesen a retirar las llaves y una nota clavada en la puerta. Esta decía:

«Sentimos haber tomado esta abrupta decisión, pero no nos quedaremos ni un segundo más en esta casa. Aquí vive algo o alguien. Desde que nos mudamos no ha habido paz y ni un día en que nuestra mascota no gruñera a los rincones. El llanto de un niño es recurrente, las cosas se caen solas, los juguetes de mis hijos cambian de posición. Además, hemos escuchado pasitos por toda la casa. Las llaves se las dejamos bajo la alfombra de la entrada principal».

La familia de Paquito volvió a la casa. Había sido un error dejarlo ahí, solo, con personas ajenas. Comprendieron que él los extrañaba y no quería que se fueran. Otra vez todos estaban juntos en Navidad.



Funeral para una casa cansada

KATHY SERRANO

Cuando yo era niña, mi madre era la casa y la casa era mi madre. Las habitaciones parecían moverse de acuerdo con su estado de ánimo. Si mamá, por milagro, reía, la casa bailaba. Si, por el contrario, lloraba escondida en algún rincón, las regaderas y los grifos se abrían y el agua se desbordaba sin control. Lo peor sucedía cuando la rabia se instalaba en mi madre. Las paredes parecían crujir, las puertas se abrían y cerraban golpeando mis oídos, las ventanas se atrancaban y el techo chillaba groseramente. Entonces el polvo acumulado se levantaba en breves y poderosos remolinos. Y yo salía corriendo y me refugiaba dentro del armario de mi cuarto o debajo de la cama. Recuerdo sentirme aplastada la noche en la que todo sucedió. Un ruido, como de arcadas y accesos de tos, fue el inicio. Esa noche me escondí bajo la cama. Escuché cristales, vasos, platos que volaron y se estrellaron contra alguna pared adolorida. Luego, la voz de mi madre repitiendo la letanía de siempre: «Si no hubiese tenido hijos, si no hubiese parido». De pronto fue como si un alarido trajera abajo el techo de mi cuarto y supiera que el desenlace estaba cerca. La escuché por última vez antes de que el suelo comenzara a temblar. Dijo algo de «No más, no más». Dijo algo sobre el cansancio. Un terremoto doméstico. La casa dio vueltas y quedó boca arriba. Mamá moría en la cocina sobre restos de comida, vasos, platos rotos y un charco de sangre en movimiento rodeando su cuerpo, el rostro sereno que, por fin, sonreía.



El boleto de lotería

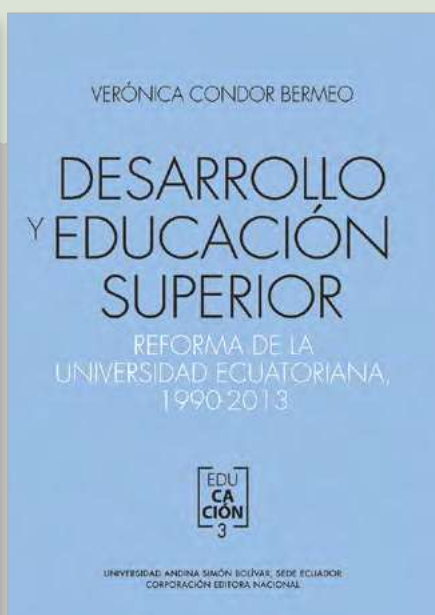
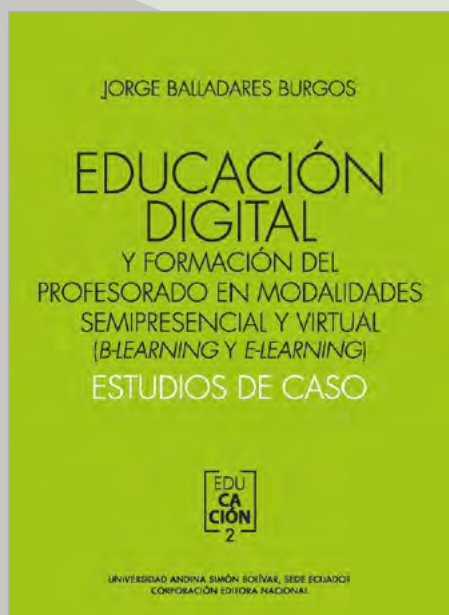
MIRZA MENDOZA

Buscarás emocionada en tu cajón del clóset recordando que ahí, sin duda, guardas las cosas importantes; que ahí siempre, siempre, dejas la maldita cartilla. Te topas con una taza rota que juraste pegar. Fruncirás el ceño al no encontrar lo que buscas. De la incertidumbre pasarás al desasosiego. Comenzarás con un quejido culposo, pero calmado, al tiempo que tus manos seguirán hurgando. Tu llanto se tornará fuerte y profundo al pasar de los minutos. Sabes que eres la ganadora, usaste los mismos números durante ocho años. Por tu mente pasará el instante en que anunciaron a los afortunados en la televisión y los reconociste. Te avergonzarás por el grito de felicidad que no lograste ahogar. Enseguida abandonarás la búsqueda, irás a la cocina a mirar tus platos viejos fuera de su lugar. Tus lágrimas seguirán cayendo. Tus pies no querrán seguir andando, te temblarán las piernas y tus rodillas se doblarán.

Tu mirada se posará en el cesto de basura, ahí donde las moscas rondan bailando en las pocas sobras que sueles dejar. Patearás el recipiente y, con la punta del pie, buscarás el papelito de la lotería. Cada semana pierdes y te deshaces del cadáver de la esperanza. Secarás las gotas negras de tus lágrimas fusionadas con la máscara de pestañas. Caminarás, arrastrando las pantuflas, a la salita llena de telarañas. Tomarás la cajetilla de cigarros que está en tu mesita de centro. Te sentarás en el medio del sofá apollado y removerás el desorden para ubicar los fósforos. Abrirás la cajetilla nueva para sacar el primer cigarrillo. Recordarás, como un rayo que atraviesa tu cerebro, que aquel jueves en vez de comprar la lotería compraste lo que quieres llevarte a la boca.



Publicaciones



SERIE EDUCACIÓN